

XI.

Sola en la grande habitación, miró Clara vagamente alrededor de aquella severa y silenciosa estancia. Las luces iluminaban débilmente los antiguos tapices que cubrían las paredes, representando la admirable serie de los amores de Reinaldo y Armida. Bajo tienda de púrpura y oro, acostado el caballero á los pies de la encantadora, sonreía, levantando con débil brazo ancha y cincelada copa. Poco más lejos, los dos caballeros libertadores atravesaban la selva encantada, apartando, con ayuda del mágico escudo, los monstruos que querían impedirles el paso; y, en fin, en la batalla dada á las tropas del Soldán, junto á los muros de Jerusalén, Armida, de pie en su carro, arrastrado por unicornios blancos, lanzaba con rabia contra Reinaldo, cubierto de sangre de infieles, las terribles saetas de su carcaj. Un maravilloso cofre del Renacimiento, de ébano incrustado con mármoles policromos, daba frente á una hermosa cama de columnas de peral tallado, con cortinaje de terciopelo de Génova color de maíz con grandes ramos de flores. Un admirable mueble con cajones, estilo Luis XIII, de

madera negra y con adornos de cobre, reemplazaba á la ridícula cómoda, y una soberbia luna con marco de bronce formando finísimas hojas, reflejaba los mortecinos resplandores del fuego que se apagaba en la alta chimenea, sobre la cual había precioso lienzo de escuela española representando una infanta envuelta en rígido vestido, con la barba apoyada en la gola de encaje, y oliendo una rosa con melancólica sonrisa. Una lámpara flamenca, colgando del artesonado techo, completaba este sencillo y rico mobiliario.

Indiferente Clara á cuanto le rodeaba, continuó meditando. Mientras la arrastró el ardiente deseo de humillar á su rival, habíase formado ilusiones acerca de la situación en que iba á encontrarse, y no pensó en lo que sucedería una vez realizado el matrimonio. Avida de ejecutar el acto que á los ojos del mundo le vengaba de la injuria hecha por el Duque de Bligny, aceleró febrilmente la ceremonia, y ahora se encontraba de pronto frente á la brutal realidad. Aquella estancia que debía habitar con su esposo, aquel lecho que debía compartir con un hombre á quien apenas conocía, reveláronle necesidades matrimoniales en que no había pensado.

Estas ideas sublevaron su pudor, y le horrorizó Felipe, y se horrorizó ella misma, juzgando aquella unión una gran insensatez

y juzgándose indigna por haberla aceptado. Las ideas giraban desesperadamente en su cerebro. Dirigióse al balcón y lo abrió, calmándola un poco el fresco de la noche. Rasgando los celajes, iluminaba la luz de la luna los corpulentos árboles del parque, y su disco se retrataba en las aguas del estanque. El silencio era completo. Preguntóse Clara si no valdría más desaparecer para siempre en aquella tranquilidad pura y profunda, que luchar contra las vergonzosas y repugnantes contrariedades de la vida. Durante un momento pensó bajar junto á aquellas inmóviles y brillantes aguas, y con la inmaculada virginidad de su único amor sepultarse en ellas como la pálida desposada de Hamlet.

Pero el temor á la opinión pública, la preocupación de el qué dirán, que había tenido tan funesta influencia en todas sus resoluciones, le apartó de este desesperado intento. Hízola sonreír amargamente la idea de que Atanasia pudiera decir que se había suicidado por amor al Duque, y le disgustó el ruido que aquel fin novelesco hiciera entre sus conocidos. Finalmente, no quiso afligir á sus parientes causándoles el horror casi degradante de este suicidio. Miró por última vez á las luminosas y dormidas aguas, y cerrando el balcón fué á sentarse junto á la chimenea.

Comprendió perfectamente que ya no se pertenecía; que necesitaba vivir, y vivir li-

gada á un hombre que iba á llegar, revestido de perfectos derechos, y que podía decir «yo quiero,» á ella, siempre libre y obedecida.

Tuvo á la vez ira y miedo. Su orgullo protestó contra la sujeción que le era impuesta; no quiso someterse, y meditaba por qué medios lograría que su marido le devolviese la libertad.

Llegó á soñar una especie de situación matrimonial en que cada esposo fuera dueño de su destino. Poco le importaba que Felipe fuera ó no fiel, con tal de que continuara siendo respetuoso y sumiso. Podía hacer lo que quisiera siempre que la dejara ser dueña de sí misma. ¿Sería muy difícil obtener del dueño de la ferrería, un ambicioso sin duda, esta conformidad á los deseos de una mujer que le llevaba una fortuna considerable y el beneficio de explotar grandes influencias de familia? Había comprendido que la amaba, pero no quería tener en cuenta este sentimiento. Con el despotismo de mujer acostumbrada á que todo el mundo obedeciese sus caprichos, hizo caso omiso de este amor que le estorbaba, y resolvió tener á raya á Felipe si se mostraba exigente. Era enérgica y orgullosa, y capaz de discutir y luchar. Ni un instante dudó que podría vencer las más serias resistencias, y con su implacable egoísmo ni siquiera pensó un momento en las heridas que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

iba á causar al corazón de aquel hombre que la adoraba.

Ruido de pasos en la inmediata habitación la estremeció. Toda la sangre le subió al rostro. Incapaz de estar quieta, se levantó y apoyó trémula en la alta chimenea, diciéndose: «Es él.»

Después de hacer los honores de su casa á sus parientes y amigos, y de verles irse uno tras de otro, quedó solo Felipe. Casi maquinalmente se dirigió á su dormitorio de soltero. El que debía ocupar con su mujer era el antiguo de su padre. Con deliciosa turbación imaginó que allí cerca, separada sólo por algunas puertas, más conmovida quizá que él, le esperaba la mujer amada. La idea frecuente de que llegaría un momento en que pudiera estrechar en sus brazos aquella adorada joven le había hecho temblar de placer, y se admiró del entorpecimiento de sus sentidos en aquel instante. Ningún deseo le impulsaba, estando grave, preocupado y muy enternecido. Su amor á Clara le reforzaba entonces una especie de protector cariño, considerándose llamado á curar aquel débil corazón. Sintióse dominado por igual afecto al que profesaba á su hermana cuando era niña, y dió gracias á la Providencia por haberle concedido un tesoro tan ardientemente deseado, prometiéndole ser digno del favor que le había dispensado, asegurando la felicidad de Clara.

Sorprendido de encontrarse en su habitación, sentado en un sillón y absorto en sus meditaciones media hora después de la partida de los últimos convidados, sonrió y se consideró un poco tonto. Levantóse y pasó al cuarto de vestir. El gran espejo de su armario reflejó su imagen, y viéndose vestido con traje de boda, creyó que sería soberanamente ridículo presentarse á su mujer de frac y corbata blanca. Púsose un traje de mañana, azul oscuro, y con el corazón palpitante, dominado por inexplicable emoción, se dirigió á la habitación de Clara. Habiendo atravesado el salón pequeño, tocó con la punta de los dedos á la puerta sin recibir respuesta. Creyó haber anunciado suficientemente su llegada y entró.

Clara, vestida aún con su traje blanco, estaba de pie, muda y grave, apoyada en la chimenea. Ni siquiera le miró; únicamente bajó un poco la cabeza, y Felipe vió la gruesa trenza de sus rubios cabellos brillar sobre la blanca nuca.

Adelantóse despacio, y hablando con dificultad, dijo:

—¿Me permite V. acercarme?

Clara hizo con la mano señal de asentimiento.

Aprovechando la autorización, deslizóse Felipe hasta la butaca, y se sentó, encorvado, casi á los pies de la joven, mirándola atentamente. Admiróle que tuviera las facciones

crispadas y duras, pues aunque esta expresión airada y amenazadora no le era desconocida, sólo la había visto cuando la joven se encontraba en presencia del Duque. Alarmóle, pues, ver á Clara retraída y al parecer dispuesta á la lucha, y aunque no podía adivinar los proyectos de la joven, presintió una resistencia. Quiso penetrar por fin en aquel corazón tan herméticamente cerrado, descubrir el enigma, y su conmovido espíritu se tranquilizó por completo.

Este cambio en el ánimo de Felipe era alarmante para Clara. Con facilidad hubiera triunfado de un marido turbado é indeciso; pero al ocasionar con su actitud que se pusiera en guardia Felipe, le devolvió toda su perspicacia para adivinar y toda su energía para combatir.

—Solos estamos por primera vez,—dijo Felipe en voz baja,—y tengo para V. muchas cosas en el corazón. Hasta ahora no me he atrevido á hablar... Hubiera expresado mal mis ideas... He pasado mi vida trabajando... y le suplico que sea indulgente conmigo... Lo que siento, créalo V., vale mucho más que lo que digo... Con frecuencia me ha visto V. acercarme, balbucear algunas palabras y guardar silencio. Tenía miedo de parecerla demasiado atrevido ó demasiado tímido: el temor me paralizaba. Limitábame entonces á escucharla, y su dulce voz encantaba mis oídos. Dominado

por mi deseo de contemplarla, todo lo olvidaba al seguir á V. con la vista cuando iba hacia la terraza envuelta en un rayo de sol. Ha penetrado V. profundamente en mi sér, y yo la adoro, siendo V. mi único pensamiento, mi esperanza, mi vida. Juzgue usted, pues, cuál será mi embriaguez al verla junto á mí y completamente mía.

Cogiendo al mismo tiempo una mano de Clara entre las suyas, la acercó con pasión á su abrasada frente. La joven hizo un movimiento y retiró la mano.

—¡Por favor, caballero!...—murmuró con desaliento.

Levantó vivamente Felipe la cabeza, y mirando á Clara admirado, dijo:

—¿Qué tiene usted?... ¿Soy tan desdichado que le desagradan mis palabras?

—No me las diga en este momento,—respondió Clara con dulzura,—se lo ruego... Bien lo ve V.: estoy muy turbada,

El dulce acento de la joven conmovió á Felipe, y moviendo tristemente la cabeza, añadió:

—Sí, es verdad. Está V. pálida y temblando... ¿Soy yo la causa?

Apartó Clara la vista para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas, y con voz trémula contestó:

—Sí.

—Tranquílcese, se lo suplico,—replicó Felipe.—¿No conoce que mi único deseo es

no desagradarla? ¿Qué debo hacer? Exija usted. Todo me será fácil. ¡La amo tanto!

La joven se estremeció de alegría. Un rayo de esperanza brilló en la oscuridad en que luchaba. Las apasionadas frases de su marido la hicieron comprender el poder sin límites que sobre él ejercía, y resolvió abusar de él sin compasión. Se convirtió en coqueta, y mirando por primera vez al dueño de la ferrería con fina sonrisa:

—Si V. me ama,—dijo,—entonces...

No acabó la frase, pero hizo un ademán de autoridad que Felipe comprendió perfectamente.

—¿Desea V. que la deje?—dijo con sumisión.—¿Es esta la prueba que le agrada imponerme? Si tal es su voluntad, me resignaré.

Clara respiró con delicia, sintiéndose dueña absoluta de aquel hombre que le había causado tanto miedo. Instantáneamente cambió la expresión de su rostro, y se mostró á Felipe radiante.

—Pues bien; sí,—dijo,—se lo agradeceré. Las emociones del día de hoy me han hecho daño. Necesito tranquilidad; es preciso que se serene mi espíritu, y mañana, ó más tarde, cuando sea más dueña de mí, cuando pueda dominar mi pensamiento, le explicaré...

Felipe permaneció un momento silencioso. Chocáronle algunas de las palabras de Clara. Esta dilación, pedida de modo tan

poco franco, pareció sospechosa. Había en ello un misterio, y procuró descubrirlo.

—¿Qué me dirá V. mañana ó después que no pueda oír ahora mismo?—replicó.—¿No son ya nuestras vidas inseparables? ¿No está trazado nuestro camino? Corresponde á usted ser confiada y sincera, y á mí adicto y paciente. Dispuesto estoy á serlo; se lo aseguro. ¿Sucede á V. lo mismo?

El lenguaje de Felipe era claro y terminante. Miró á su mujer de frente, y creyendo ésta que había andado de prisa, quiso retroceder.

—Permítame V. decirle que la confianza no se gana en un momento,—replicó.—Apenas hace dos horas que estoy casada, y mi vida data de más tiempo. Esta vida era feliz, porque tenía derecho á pensar en voz alta y á callarme cuando quería. Jamás me he visto obligada á mentir. Usted sabe bien que cuando he tenido alguna pena la adivinaban. Fácil es comprender que este recuerdo no se borra instantáneamente. He sido muy mimada. Jamás me han pedido que sonría teniendo el corazón triste... Si es preciso que junto á V. disimule, déjeme al menos algún tiempo para acostumbrarme á esta contrariedad.

Con grande habilidad eludió Clara la cuestión para no contestar categóricamente. Hizose la víctima, y Felipe comprendió que insistiendo parecería cruel.

—Ruego á V. que no añada una palabra,—exclamó adelantándose al sacrificio.— Me ofende usted... Sepa que nunca tendrá amigo más tierno y sumiso que yo. Al casarme con V. he tomado parte en sus penas y procuraré hacérselas olvidar. Fie V. en mí, que soy responsable de su dicha. Si el pasado ha sido para V. un desengaño, espere en lo porvenir. No cabe en mi ánimo la idea de imponerle mi amor, y lo único que le pido es que me deje ensayar á fuerza de cuidados y ternura conquistarla de sí misma. Esta es mi única ambición. Puesto que necesita V. descanso y soledad, en su casa está hoy tan libre y tranquila como estaba ayer. Yo me retiro. ¿No es eso lo que V. desea? Pues hágase su voluntad.

La joven oyó estas palabras irritada é inquieta. El amo de la ferrería se mostraba tan noble y digno, que amenazaban fracasar miserablemente todas las combinaciones preparadas de antemano para conquistar su libertad. Con inesperada bondad se adelantaba Felipe á sus deseos; ¿le sería posible vivir separada de él? La adoraba, y pretendía hacerse amar de ella. ¿Cómo podría, sin cometer una injusticia y una crueldad, rechazar perpetuamente un hombre tan leal y tan generoso? La dulzura y el amor de su marido le harían al día siguiente imposible la resistencia sin cometer un acto de brutalidad. Comprendió el peligro que corría, y

resolvió librarse de él rompiendo violentamente todos los lazos que la unían á Felipe.

Viendo éste á Clara silenciosa é inmóvil, se acercó á ella, inclinó la cabeza, y su boca rozó la blanca frente de la joven.

—Hasta mañana,—dijo.

Pero al respirar el perfume de aquella rubia cabellera; al sentir en sus labios el contacto de aquella carne palpitante, aturdió á Felipe repentina embriaguez. Sin poder dominarse, y olvidando sus promesas, no pensó en las susceptibilidades del turbado corazón que latía junto al suyo; vió una mujer adorable que deseaba con locura y que le pertenecía, y con arrebato irresistible la cogió en sus brazos, murmurando con ardiente mirada:

—¡Si supiera V. cómo la amo!

Sorprendida al pronto Clara, se puso livida, encorvó el cuerpo, y apoyando las manos en los hombros de su marido, huyó de aquel contacto, que le era odioso.

—¡Déjeme V.!—exclamó con ira.

Los brazos de Felipe se aflojaron, y retrocedió mirando á la joven, que estaba ante él trémula, con semblante alterado por la angustia.

—¡Qué!—dijo con turbado acento.—¿No me concede V. ni siquiera el derecho de tocar su frente con mis labios? ¡Me rechaza usted con violencia, casi con horror! ¿Qué pasa? Por qué advierto en V. no sólo el

pudor alarmado, sino la repulsión... ¿Me odia V.? ¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Ahora recuerdo sus palabras de hace un momento, y temo comprenderlas mejor. El desengaño que ha sufrido V. le deja en el corazón algo más que amargura; un arrepentimiento quizá...

—¡Caballero!—protestó con apagada voz Clara.

Pero animado Felipe y sonrosadas las mejillas por incipiente cólera, andaba con agitación.

—Señora, inútiles son ya las protestas vagas entre nosotros. La hora de las explicaciones francas y terminantes ha sonado. Su actitud me infunde sospechas que es preciso esclarezca V. Una mujer no rechaza á su marido sin motivos, y para que V. me trate como lo hace, es preciso...

Felipe se detuvo. Su voz quedó estrangulada en la garganta, se puso muy pálido, y agitó sus manos temblor nervioso. Respiró con fuerza, y volviéndose hacia su mujer para observar hasta la menor alteración de su fisonomía, dijo:

—¿Ama V. acaso todavía á ese hombre que tan cobardemente la ha abandonado?

Comprendió Clara que la deseada ocasión de la ruptura presentábase cierta, irremediable. Titubeó, sin embargo, en aprovecharla, porque la potente y lúcida ira de Felipe le daba miedo. Permaneció ante él

con el ceño fruncido, incierta, agitado el corazón, comprendiendo que su destino estaba pendiente de un hilo.

Ese silencio acabó de irritar á Felipe, que, olvidando toda conveniencia, la cogió por un brazo con fuerza, y mirándola con inflamados ojos:

—¿Me ha oído V.?—dijo.—Respóndame. Es preciso. Lo quiero.

La mano de Felipe en el brazo de Clara produjo el mismo efecto que un dedo aplicado al gatillo de un arma de fuego. Salió el tiro. La orgullosa joven, fuera de sí al verse objeto de aquella violencia, miró fijamente á su marido.

—Y bien. ¿Si así fuera?...—dijo con audacia.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando le pesó haberlas dicho. El amo de la ferrería se irguió formidable. En un instante creció su estatura, tomó su rostro terrible expresión, y levantando el puño como pesado martillo de batir hierro, exclamó:

—¡Desdichada!

Clara no retrocedió ni un paso: bajó la cabeza y dejó caer sus manos con abandono, como mártir dispuesta á recibir la muerte.

Felipe la miró, exhaló un suspiro, dió algunos pasos al azar, cogió rabioso el puño derecho con la mano izquierda, como si quisiera destrozarlo en castigo de haberse

alzado amenazador sobre la frente de aquella mujer adorada, y recobrando en seguida la calma:

—Veamos,—dijo á Clara:—medite usted lo que dice. Lo que acaba de responder no debe ser cierto... ¡Es imposible! O yo sueño, ó V. ha querido probar mi paciencia. Es esto, ¿no es verdad? ¡Oh! No tema usted confesármelo; de antemano la perdono, aunque me ha causado gran daño. Algún día sabrá V. que no conviene abusar de un corazón como el mío... Es un juego cruel... se lo aseguro.

Procuró sonreír, pero sus labios continuaron crispados.

Clara permaneció sombría é insensible, con la inerte obstinación de un bloque de piedra.

—Pero hable V.,—añadió Felipe suplicando.—Dígame algo. ¿Se calla? ¿Es, pues, cierto?

No dijo una palabra, entregándose al destino que se había preparado, teniendo vaga conciencia de que cometía un crimen, pero decidida en su implacable orgullo á llegar hasta el último extremo. Estupefacto Felipe, se dirigió al balcón, y apoyando la abrasada frente en los cristales, procuró recobrar alguna sangre fría. Comprendió que la explicación horrible en tablada con su mujer empezaba entonces, y quiso saber hasta dónde llevaría Clara su audaz actitud.

Volvió hacia ella.

—De modo—dijo—que enamorada de otra persona, ha consentido V. casarse conmigo. ¿A pesar de la indignidad de su conducta, á pesar de la afrenta que le ha inferido, le ama V. todavía? ¡Y se atreve V. á decirme! Me ha dado V. su palabra de ser esposa fiel y leal, ¡y de tal suerte cumple sus promesas! ¡Ha unido V. su mano á la mía sin ruborizarse! ¿A qué extremo de depravación moral ha llegado V.?

—Caballero, no me defiendo,—dijo Clara.—¿Es generoso que me haga sufrir?

—¡Usted sufre!—exclamó Felipe;—¡Yo no sufro! ¡yo, que la amo con toda mi alma! ¡yo, dispuesto á todo por agradarla y que sólo le pedía en cambio un poco de indulgencia y de afecto! Por satisfacer vuestro orgullo herido, porque no se sospechara vuestro despecho, me ha sacrificado usted especulando con mi confianza, riendo acaso de mi ceguedad. ¿Sabe V. que es atroz lo que ha hecho?

—¿Y no ha visto V. que desde hace quince días estoy loca?—exclamó Clara no pudiéndose ya contener.—¿No comprende usted que luchaba dentro de un círculo del cual no podía salir? Me he visto arrastrada á lo que he hecho por una fatalidad irresistible. Aunque le parezca una criatura miserable, jamás me juzgará tan severamente como yo me juzgo. Merezco vuestra cólera y

vuestro desprecio. Tome V. cuanto es mío, menos á mí. Mi fortuna es suya, se la doy, y sirva de rescate á mi libertad.

—¿Vuestra fortuna? ¿Usted me ofrece?... ¡A mí!...—exclamó Felipe.

A punto estuvo de hacerle saber indignado la ruina que con tan delicado esmero había procurado ocultarle. ¡Qué venganza contra la altiva Clara! ¡Cuán segura, rápida y cruel era! Pero rechazó la idea considerando indigna de él, y tranquilizado por la satisfacción que experimentó encontrándose tan superior moralmente á la joven, pudo mirarla sin cólera.

—¿De modo—dijo con frialdad—que me toma V. por un hombre que se vende? ¿Cree V. que al casarme con ella hacía una especulación? Se engaña V., señora, y se figura que todavía trata con el Duque de Bligny.

El golpe hirió directamente á Clara, y como si al ultrajar al Duque ultrajaran á ella, exclamó con terrible mirada:

—¡Caballero!

Pero inmediatamente y como avergonzada, guardó silencio.

—Y bien, ¿qué detiene á V.?—replicó Felipe con amargura.—Desíndale. Es lo menos que por él puede hacer... Nadie mejor que V. puede estimarle, puesto que obra como él. Cálculo y falsía es vuestra regla de conducta. ¡Oh! ¡ahora la veo clara! Ha que-

rido V. casarse con un hombre que dependiera de ella, y lo ha escogido V. bien apasionado y bien confiado. La unión conmigo era un matrimonio desigual, pero mi docilidad debía compensar la bajeza de mi origen. Si por acaso me sublevaba y quería ejercer mis derechos, había con qué cerrarme la boca... Un saco de oro. Y en efecto, ¿qué podía yo decir? ¡Marido de una joven tan noble y tan rica un sér vulgar y codicioso como yo! Esta es vuestra combinación. ¿Y cuándo viene V. á darme conocimiento de ella? ¿Honradamente sin duda una hora antes de la ceremonia? ¿Con tiempo bastante para que pueda rechazar el negocio? No. Me lo dice usted cuando ya no puedo retroceder, cuando todo es definitivo é irrevocable, cuando ya no hay temor de que el engañado se escape. ¡Ciego de mí que no he visto la trampa! ¡Necio, que nada he sospechado de tan astuta intriga! Al venir aquí hace un momento palpitante y trémulo á hacer mi declaración de amor, ¿no era un insensato? ¿No ejecutaba un acto grotesco? ¿No era cínico é innoble? Porque al fin yo tengo vuestra fortuna, ¿no es verdad? Ya estoy pagado; ni siquiera tengo el derecho de reclamar.

Y exhalando horrible carcajada, se dejó caer Felipe sobre un sofá, ocultando el rostro entre las crispadas manos. Clara había escuchado sin protestar este terrible apóstrofe. Habiéndose puesto voluntariamente fuera

de la ley, más le hirieron las censuras de su marido que le conmovió su dolor. La verdad la irritaba sin convencerla. Ni oyó el grito de sufrimiento de Felipe, ni advirtió la ironía de sus palabras.

—Caballero,—dijo con altanería,—acabemos. Basta de inútiles recriminaciones.

Felipe apartó con viveza sus manos, y mostrando á la joven el rostro inundado de lágrimas:

—Yo no recrimino, señora; lloro mis esperanzas burladas, mi felicidad perdida. Pero basta de debilidades. Quería V. comprarme su libertad hace un momento; se la doy gratis. Puede V. estar segura de que jamás la molestaré. Todo ha concluido entre nosotros, y nada nos debe ser común; pero como una separación pública causaría un escándalo, que no merezco sufrir y que le ruego evite, viviremos juntos en apariencia. A fin de que desaparezca todo equívoco en nuestra respectiva situación, escúcheme usted bien lo que voy á decirle. Algún día sabrá V. la verdad; sabrá que ha sido usted conmigo más injusta que cruel, y acaso desee entonces remediar lo que ha hecho. Desde ahora declaro que será inútil. Aunque la viera arrastrarse á mis pies implorando perdón, no tendré para V. una frase de piedad. Pudiera ser indulgente con vuestra cólera, pero me será imposible olvidar vuestro seco corazón y vuestro egoísmo.

Adiós, señora, viviremos como V. lo ha querido. Esta es vuestra estancia. Aquella la mía. Desde hoy ha dejado V. de existir para mí.

Sin pronunciar una palabra, inclinó Clara la cabeza en señal de asentimiento. Con afligido corazón miró Felipe por última vez á la joven, esperando un arrepentimiento, una frase que se la devolviera en el momento en que para siempre la perdía. La vió insensible y helada. Sus ojos no tuvieron una mirada, ni una palabra sus labios.

Atravesó la habitación, abrió la puerta lentamente, y la cerró á pesar suyo, deteniéndose todavía para escuchar si un grito, un sollozo ó un suspiro le daban á él, maltratado y humillado, pretexto para acudir el primero á ofrecer su perdón cuando aun era tiempo. Nada oyó.

Volviéndose entonces hacia aquella puerta, tras de la cual quedaba la implacable joven, dijo:

—¡Criatura orgullosa, que no quieres doblegarte, yo te quebrantaré!

Y por el mismo camino que anduvo una hora antes con el corazón lleno de esperanzas, volvió á su habitación de soltero.